

## ESTUDIOS, NOTAS, TEXTOS Y COMENTARIOS

# REVOLUCIÓN ESPACIAL Y «DESARRAIGO». UNA CRÍTICA DE SUS IMPLICACIONES PSICO-SOMÁTICAS EN EL CAPITALISMO VIRTUAL

BORJA GARCÍA FERRER  
Universidad de Granada

RESUMEN: Consagrada por las omnipresentes tecnologías tele-máticas de la comunicación de forma irreversible, la metamorfosis virtual del Capitalismo y su proliferación indomable exigen una clave hermenéutica irreductible al mero plano economicista, pues el giro ontológico que patrocinan alcanza su eco fatídico en la miseria existencial que todos experimentamos, cada día, sin excepción. Nuestro propósito se cifra en elaborar, desde la perspectiva del binomio malestar-cultura, un cuadro patológico del «desarraigo», en lo que constituye uno de los síndromes, según nuestra hipótesis, con mayor alcance epidémico en nuestros tiempos de penuria. En primer lugar, examinamos la etiología del «desarraigo» en el nuevo horizonte configurado, en virtud de la hibridación contemporánea entre la técnica y el poder, por la superación virtual del espacio, toda vez reducido a la condición de «ciberespacio», «realidad virtual» o «espacio-red» sin consistencia ontológica, espectral y acelerado hasta el paroxismo. A continuación, identificamos y caracterizamos la naturaleza de la patología en cuestión, entendida como «ser-en-la-imposibilidad», bajo la luz arrojada por las averiguaciones de la Escuela del Análisis Existencial acerca de la crítica heideggeriana del «ser-frente-al-mundo». Por último, analizamos las expresiones morbosas del «desarraigo» en la praxis concreta de la acción y la comprensión, rescatando la dimensión terapéutica de la filosofía con el afán de mostrar, a partir del concepto de «corporalidad» elaborado por Merleau-Ponty y en debate con la tradición psicopatológica, la transformación patológica de la experiencia del espacio que constituye su funesto corolario.

PALABRAS CLAVE: malestar, capitalismo virtual, nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC), revolución espacial, «desarraigo», «ser-en-la-imposibilidad», experiencia del espacio, «espacio orientado (propio)», «espacio humorado (presente)».

### *Spatial revolution and «uprooting». A criticism of its psychosomatic implications on virtual Capitalism*

ABSTRACT: Irreversibly enshrined by the omnipresent telematic communication technologies, the virtual metamorphosis of Capitalism and its untameable proliferation demand a hermeneutical key beyond an economy-focused level, since the ontological turn that they foster finds its fateful echo in the existential misery that all of us experience, every day, with no exception. Our aim is to prepare, from the point of view of the uneasiness-culture relationship, a pathological profile of «uprooting», which, according to our hypothesis, is one of the syndromes with a higher epidemic scope in our time of distress. First, we are going to examine the aetiology of «uprooting» in the new horizon formed, by means of the contemporary blending of technology and power, by the virtual overcoming of space, reduced to the category of «cyberspace», «virtual reality» o «web space» without ontological consistency, spectral and accelerated to paroxysm. Then, we are going to identify and describe the nature of the pathology concerned, seen as «being-in-the-impossibility», in light of the inquiries of the Existential Analysis School on the heideggerian

criticism of «being-in-front-of-the-world». Finally, we are going to analyze the morbid expressions of «uprooting» in the actual praxis of action and understanding, recovering the therapeutic dimension of Philosophy in order to show, on the basis of the concept of «corporeality» developed by Merleau-Ponty and debated with the psychopathological tradition, the pathological transformation of the experience of space which constitutes its ill-fated corollary.

KEY WORDS: uneasiness, virtual capitalism, new information and communication technologies (NICT), spatial revolution, «uprooting», «being-in-the-impossibility», experience of space, «oriented space (own)», «tempered space (present)».

## 1. INTRODUCCIÓN: GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA

Si el filósofo es el hombre, como sugiere Merleau-Ponty en su *Elogio de la Filosofía*, que despierta y habla, no puede permanecer condenado a la «superfluidad» en orden a pensar, más allá de su cacareada nivelación cultural y los gastados tópicos concomitantes, las implicaciones patológicas del proceso de Globalización, en un momento historiográfico donde el «sociologismo» preponderante acapara su atención de manera desafortunada, confusa y, en definitiva, negligente. Dado que su imparable decurso desemboca, a nuestro juicio, en una existencia inauténtica y perturbada, acuciada por síntomas mórbidos como la medicalización galopante y un cansancio apenas disimulado, pretendemos explorar la profundidad tectónica del nuevo *malestar* en la cultura desde una ontología del «ser-sin-mundo», toda vez que trae consigo una «revolución cartográfica» cuya consolidación planetaria mantiene una estrecha solidaridad con la extraordinaria proliferación de «enfermedades del vacío» que nos acecha, como probaremos mostrando sus repercusiones psico-somáticas a nivel espacial.

Ciertamente, la Globalización constituye la clave de lectura paradigmática de las múltiples transformaciones socio-culturales y jurídico-políticas que configuran el nuevo orden mundial, determinando el surgimiento de una conciencia cosmopolita cada vez más comprometida, a pesar de los recientes movimientos orientados a preservar con extrema virulencia la «identidad» de las diversas comunidades locales o sectoriales, en un destino común. Aunque constituye un fenómeno ambivalente y dinámico, es justo destacar su dimensión económica, a tenor del exponencial incremento de transacciones transfronterizas de capitales, bienes y servicios<sup>1</sup>. Fiel a su oficio de viejo topo, Marx enseña para la posteridad, en sus intempestivas reflexiones acerca del carácter farmacológico de la técnica, que la consagración de la interdependencia económica a nivel global sería impensable, empero, sin su difusión acelerada y generalizada, por razón de la cual nos vemos abocados a reflexionar sobre la cuestión espacial desde unas coordenadas de pensamiento decididamente novedosas, a la vista de la inaudita transformación experimentada por la infoesfera con el advenimiento, motivado por la revolución microelectrónica de mediados del siglo xx, de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC), y su progresiva consolidación desde los Estados Unidos a la totalidad del orbe, superando con canceroso ritmo la «brecha tecnológica» inicial.

<sup>1</sup> Cfr. FERREIRO GARCÍA, R., *La tecnología como soporte del proceso de globalización*, La Coruña, Universidad de la Coruña, 2002, pp. 5-11.

La globalización del espacio bajo la égida del desarrollismo tecnológico responde eminentemente a la deriva del Capitalismo en su fase postindustrial, cuando la producción de valor expande su influencia desde la lúgubre mina de carbón o la rutinaria fábrica de automóviles a la circulación del capital, de manera que coloniza oscuramente nuestro tiempo total de vida hasta saturar la esfera de la representación en su totalidad<sup>2</sup>. En el afán eclesiástico por transformar la potencia individual en mera fuerza de trabajo mediante mecanismos deshinibidores de todo tipo, el poder deviene micropoder, a costa de los colores nacionales distintivos del mapa imperialista del mundo y la devaluación irreversible del concepto moderno de Estadonación como fuerza hegemónica, centralizada e imperativa (militarista hacia fuera y autoritaria por dentro), una figura cuya soberanía había permanecido en el ojo del huracán desde la mundialización de las relaciones económicas y la correspondiente institucionalización de organizaciones políticas supranacionales. Ante la impotencia mostrada, especialmente evidente tras la caída del bloque comunista, por el poder concertado de las grandes coaliciones regionales (como la Unión Europea), los países más ricos (como el Grupo de los Siete) y los organismos internacionales (como el FMI, la OMC o la ONU) a la hora de gobernar, mediante la gestión negociada (colectiva y pacífica) de los conflictos de intereses, el libérrimo mercado (autorregulador y autónomo): «Cualquier punto empírico sobre la superficie terrestre se torna potencialmente en un destino del capital, que considera todo punto espacial bajo el aspecto de su accesibilidad a medidas técnicas y económicas»<sup>3</sup>.

## 2. TÉCNICA Y PODER: LA SUPERACIÓN VIRTUAL DEL ESPACIO

Si contemplamos la estructura de la sociedad en términos bélicos a ojos de Virilio, la posesión del territorio no es primordialmente un asunto de contratos y leyes, sino de movimiento y circulación<sup>4</sup>. Hardt y Negri han subrayado, en esta línea, el papel desempeñado por las industrias de la comunicación, en general, y las agencias de la técnica mediática, en particular, de cara a legitimar el proceso global que nos ocupa, pues organizan y multiplican interconexiones mediante redes cuyos proveedores canalizan el imaginario en la única dirección de la maquinaria a coste

<sup>2</sup> Con el objeto de averiguar, más allá del contexto económico donde radican, las continuidades y las rupturas que delimitan el devenir postindustrial de la esfera laboral, hemos probado en otro lugar, a partir de la figura del «zombi», el alcance de la versión marxista de la «alienación» en el nuevo panorama de las dependencias y las servidumbres humanas, mostrando cierta solidaridad de fondo entre la preocupante ascensión de patologías sociales y las tecnologías tanatopolíticas a la disposición del Capital más inmediatas. Cfr. Autor: «Del obrero alienado al "ser-en-el-Zombi". Sobre el nuevo malestar del homo laborans en el Capitalismo post-industrial», *Astrolabio*, núm. 17, 2015, pp. 172-182.

<sup>3</sup> POLO BLANCO, J., «Postmodernidad consumista y Nihilismo de la mercancía», *Éndoxa: Series Filosóficas*, 23, 2009, pp. 309-357, p. 50.

<sup>4</sup> De hecho, si la motorización, la velocidad de los transportes y de los desplazamientos ocupan un lugar privilegiado en la historia moderna es porque han desempeñado un papel decisivo en el desenlace de la gran mayoría de conflictos bélicos acontecidos en el transcurso del pasado siglo. Cfr. VIRILIO, P., *Velocidad y política*, Buenos Aires, La Marca, 2006.

efectivo<sup>5</sup>, evitando que los individuos caigan demasiado en la privacidad patológica de sus pensamientos y sentimientos<sup>6</sup>.

Con sus condiciones materiales implementadas profusamente, la nueva concepción del poder vincula el procesamiento de datos y comunicaciones con la fuerza y el dinero como elemento decisivo con vistas a conquistar la *totalidad de lugar* del mundo, en función de tele-tecnologías que convergen<sup>7</sup> en la creación de un «ciberespacio» planetario donde la fluidez magmática de lo real adopta un sesgo

<sup>5</sup> No es producto de la casualidad, bajo este punto de vista, uno de los fenómenos más sorprendentes de la naciente sociedad globalizada, a saber, el crecimiento simultáneo del comercio y la riqueza monetaria, por un lado, y el desempleo y la pobreza, por otro. Y es que, en el denominado «Capitalismo sin trabajo», las empresas no se basan fundamentalmente en los resultados de la producción para obtener beneficios sino, más bien, en la reducción de los «costes» laborales relativos a los procesos productivos y de gestión, ya sea a través de fusiones y participaciones cruzadas, la segmentación transnacional de la cadena productiva o la innovación tecnológica (fax, e-mail, mensajería instantánea, voz y datos, *m.sites*, *apps*, geolocalización y demás palancas de desarrollo del *e-commerce*). De aquí la progresiva consolidación de la «economía digital», esa realidad empresarial caracterizada por basar sus negocios en contenidos digitales de Internet, además de crear un mercado de valores de referencia con la finalidad de realizar transacciones bursátiles entre empresas que no disponen de activos físicos relevantes, y cuyas acciones son cotizadas en función de parámetros intangibles como la creación, producción, mercadeo y distribución de bienes y servicios que implican un uso intensivo de tecnologías avanzadas. Según el informe *Estudio de la Economía Digital: Los Contenidos y Servicios Digitales*, elaborado por PwC para AMETIC, se trata de uno de los principales impulsores económicos en España, ya que los productos digitales facturaron la friolera de 18.500 millones de euros en 2011, esto es, el 1,74% del PIB nacional.

<sup>6</sup> El gran mérito del Capital al respecto es sintetizar el emanatismo de la metafísica neoplatónica y el apostolado del cristianismo. Efectivamente, el concepto de «emanación» permite concebir con claridad meridiana el modelo de delegación imperial y transmisión ontológica del poder en el estadio actual del desarrollo capitalista, a través de un proceso radiocrático donde «una única conmoción en el centro, por decirlo así, solar, que comienza como rayo, atraviesa el espacio como proceso de signos y acaba en un movimiento de mano». SLOTERDIJK, P., *Esferas II: Globos. Macrosferología*, Madrid, Siruela, 2004, p. 616. Ahora bien, la historia nos enseña que toda cultura de dominio depende de la fidelidad de sus funcionarios y siervos, como ilustran paradigmáticamente los apóstoles de la Iglesia en su oficio de mediadores del emisor divino, neutrales, altruistas (y, sin embargo, irreductibles) hasta el prurito de ser el propio Dios quien pronuncia su discurso, a costa de renunciar, bajo el imperativo de ser-para-servir, a su sí-mismo. Con todo, la universalidad del mensaje de Cristo se cifra en la capacidad del apóstol a la hora de convencer a los receptores de su misiva para convertirse asimismo en mensajeros listos para la obediencia absoluta, en lo que constituye una condición imprescindible, profusamente incentivada por las industrias mediáticas (especialmente, las compañías telefónicas), en la arquitectura del poder contemporánea.

<sup>7</sup> La expresión «mediamática», acuñada por los intelectuales de moda en su nueva condición de hacedores de tendencias, resume uno de los pilares más sólidos de la incipiente «sociedad de la información», a saber, la progresiva *hibridación* de los diversos géneros mediáticos como modo de asimilar su carácter pluralista, de tal suerte que los medios de transmisión (paradigma de la radio y la televisión) y los medios de telecomunicación clásica (paradigma del teléfono) son fusionados por medio de la técnica-puente etiquetada como «digitalización», si bien es cierto que, en este proceso, los agentes del diseño mediático otorgan cada vez más prioridad a la comunicación de doble vía a expensas de la tradición unidireccional. No se trata, empero, de un producto arbitrario del nuevo espacio mediático pues, ante la incapacidad del cerebro creado en la evolución biológica para asimilar la inflación informática en curso, el Capital desarrolla su interés en procesar los flujos de información liberados por fuera del cerebro, mediante aparatos diseñados para el trabajo informático pesado, superfluo y estresante. Cfr. SLOTERDIJK, P., «*Actio in distans*». Sobre los modos de formación teleracional del mundo», *Nómadas*, 28, 2008, pp. 22-33, pp. 24 y 32.

informático que todo lo invade y articula, hasta tal extremo que la progresiva informatización de todos los ámbitos es erigida, más allá de su función mediadora, como esfera paradigmática de los intercambios, un marco de referencia abierto, descentralizado e inconmensurable<sup>8</sup>. Pues, al fin y al cabo, el modo como hablamos el *logos* de las tecnologías no responde, como mantiene el racionalismo liberal, a un repertorio estático de prestaciones funcionales, sino a las fuerzas selectivas de carácter económico cuyas disposiciones sociales han escogido interesadamente ciertas potencialidades en perjuicio de otras<sup>9</sup>.

Como sabemos por Heidegger, la naturaleza espacial del hombre se cifra en su irreductible vocación, consustancialmente protésica, por rebasar el horizonte local del acontecimiento hasta fundirse con el mundo asumiendo, a costa de la seguridad animal del nicho ecológico, la tensión donde radica su humanidad, ese ansia de infinitud propio del conatus vital. De aquí la importancia adquirida por las tecnologías de la tele-presencia, cuyas estrategias procedimentales satisfacen, como extensión imaginaria de la lógica vital que subyace a sus esquemas somáticos, las dificultades encontradas por los apéndices naturales a la hora de mediatizar lo real: «Todas las formas de aumento de la velocidad a las que hoy cedemos más o menos forzosamente, impulsan a superar la lejanía. Con la "radio", por ejemplo, lleva hoy a cabo el "ser-ahí", por el camino de una ampliación del cotidiano mundo circundante, un des-alejamiento del "mundo"»<sup>10</sup>.

Sin embargo, la colonización del «mundo de la vida» (*Lebenswelt*) en nombre del consumo alienado establece la «tele-comunicación» como forma capitalista de la *actio in distans* por excelencia, hasta el punto que sólo resulta inteligible, como los grandes imperios de la antigüedad, en términos telecráticos. A la disposición de su lógica acumulativa *ad infinitum*, las tecnologías telemáticas más avanzadas cumplen, en pos de movilizar las consignas del Capital universalmente, el sueño de la vanguardia futurista, desequilibrando las relaciones milenarias entre proximidad y lejanía de tal suerte que el «aquí» se convierte, a la velocidad de la luz, en

<sup>8</sup> No obstante, la llamada «divisoria digital» (Castells) emergente en los albores de la era Internet, generada por grupos sociales, étnicos, educativos o de género pero, sobre todo, a nivel regional, en zonas del planeta escasamente desarrolladas como África, Latinoamérica, Oriente Medio o Europa del Este, todavía constituye, sobre la base de una correlación evidente entre pobreza y carencia de energía, un obstáculo considerable para la elevación definitiva de la informática (al abrigo de las tecnologías de la comunicación que añaden cauces extraordinarios de procesamiento y comunicación a su incuestionable capacidad) a la condición de pauta narrativa o metalenguaje universal, toda vez que aproximadamente 1.600 millones de personas (un cuarto de la población mundial) vive sin electricidad.

<sup>9</sup> Cfr. ABRIL CURTO, G., «Sujetos, interfaces, texturas», *Revista de Occidente*, 206, 1998, pp. 59-76, p. 60 ss.

<sup>10</sup> HEIDEGGER, M., *El Ser y el Tiempo*, Madrid, FCE, 1994, p. 120. Así considerada, la esencia y la tendencia de la tecnología avanzada de medios se cifra en la versión tradicional, humanística e instrumental de la técnica, dominante en la reflexión antropológica desde el mito de Prometeo hasta su elaboración filosófica con Ortega, como paradigma de existencia y lema de la humanidad, puesto que favorece la emancipación de la necesidad por parte del hombre, entendido como «animal *instrumentificum*» o «animal *tools making*», hacia la integridad cultural y espiritual de su ser. Cfr. ORTEGA Y GASSET, J., *Meditación de la técnica*, Madrid, Espasa-Calpe, 1965, pp. 21-22.

otra parte cualquiera, para terminar siendo «por todas partes»<sup>11</sup>. Con la distancia técnicamente capturada, el Capitalismo «desaparece como organización social y económica concreta (...) para convertirse en mundo a secas»<sup>12</sup>, a costa de la saturación y plegamiento de la Tierra en un «cuasi-nada» con la velocidad desenfundada como único denominador común.

Así pensada, la superación virtual del espacio o, si se prefiere, el «des-alejamiento» del alejamiento (en un sentido estrictamente físico-geométrico) refrenda el principio «*determinatio est negatio*» (Spinoza) a gran escala, ya que el mundo pierde su carácter de mundo o, en palabras de Arendt, su «mundaneidad»<sup>13</sup>. En este contexto, la tensión tradicional entre «ser» y «no ser» se cifra en un extravagante dualismo donde la otrora realidad, definida por parámetros espaciales obsoletos, es sustituida paulatinamente, en la medida que condiciona su propia concepción y expresión, por una pujante *apariencia* cuyos fenómenos digitales, maleables y reproducibles a capricho, configuran una especie de «realidad virtual» o «mundo paralelo» desdoblado, inextenso y artificial en grado superlativo, un «espacio-red» de expansión invisible y sin huellas tangibles donde los *bits* y las ficciones (en lugar de los átomos y los hechos) articulan un imaginario «espectacular», en el sentido de que todo es *posible*, pero nada *real*: «En este paso a un espacio cuya curvatura ya no es la de lo real, ni de la verdad, la era de la simulación se abre, pues, con la liquidación de todos los referentes –peor aún: con su resurrección artificial en los sistemas de signos, material más dúctil que el sentido, en tanto que se ofrece a todos los sistemas de equivalencias, a todas las oposiciones binarias, a toda el álgebra combinatoria. No se trata ya de imitación ni de reiteración, incluso ni de parodia, sino de una suplantación de lo real por los signos de lo real, es decir, de una operación de disuasión de todo proceso real por su doble operativo, máquina de índole

<sup>11</sup> Como indica la raíz *bieder* (común, familiar, bonachón), el término «banalización» (*Verbiendung*) refleja cristalinamente, más allá del concepto de «popularización», el aspecto superficial y neutralizador de dicho proceso, cuyo distintivo radica en la transición hacia un sistema de las tele-vecindades globales donde lo extraño se torna *aparentemente* doméstico, mientras lo íntimo se cosifica y enfría. Por ejemplo, mientras los vecinos por cuya puerta pasamos a diario durante años nos pasan habitualmente desapercibidos, los «nuevos Ídolos» de la «sociedad del espectáculo» que nunca encontramos *in persona* aparecen como viejos conocidos e, incluso, camaradas, de forma que lo lejano se trueca *inmediato*. No es fortuito, desde este prisma, el auge del cine 3D en la actualidad, cuya evolución no responde eminentemente a razones técnicas o competitivas sino al empeño por proporcionar credibilidad sensible y espacial a la ausencia de distancia entre los protagonistas del film y sus espectadores, bajo el consabido lema comercial: *You are with them, they are with you*. Cfr. ANDERS, G., *La obsolescencia del hombre (Vol. 1). Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial*, Valencia, Pre-Textos, 2011, pp. 123-127.

<sup>12</sup> VERDÚ MACIÁ, V., *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Barcelona, Anagrama, 2003, p. 11.

<sup>13</sup> Sabemos que la filosofía contemporánea consagra el espacio como *leitmotiv* de nuestra época, en detrimento de la fijación decimonónica por la historia como centro de comprensión del mundo y la vida. De hecho, la concepción del espacio ha alcanzado tanta importancia en nuestra visión del mundo que equiparamos con demasiada facilidad el mundo con el *espacio* del mundo. No es nuestra intención, empero, buscar el sentido del mundo «en el espacio», como tampoco pretendemos encontrarlo «en el sujeto», pues estamos convencidos que la espacialidad sólo puede descubrirse, como advierte Heidegger, sobre la base del mundo.

reproductiva, programática, impecable, que ofrece todos los signos de lo real y, en cortocircuito, todas sus peripecias»<sup>14</sup>.

En aras de su representación electrónica o ciberespacial, las cosas adelgazan, por así decirlo, hasta la anorexia inmaterial, en un horizonte fosfénico y puramente etéreo donde las mercancías desvanecidas discurren vertiginosamente, al hilo de la función estructural (cada vez más necesaria) que cumple la *innovación* en el Mercado Absoluto, ese «nuevo Ídolo», como ondas expansivas indefinibles, agolpándose hasta lo imposible en secuencias interminables<sup>15</sup>. Efectivamente, el principio de «destrucción creadora»<sup>16</sup> realiza la quimera trotskista de la «revolución permanente» en el horizonte del mercado, estableciendo unas condiciones estructurales de vida grabadas por la ligereza vaporosa, la obsolescencia fulgurante y la aceleración disolvente<sup>17</sup>. El triunfo de lo especular puro anuncia, de este modo,

<sup>14</sup> BAUDRILLARD, J., *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, 1978, p. 7. Bajo este punto de vista, el reciente apogeo de la «realidad aumentada» aparece como un epifenómeno de la «virtualización» del mundo entendida como «simulacro», según el cual profesionales de los ámbitos más diversos desarrollan la lógica cartográfica de la abstracción del territorio, de tal manera que cuadriculan el espacio real del mundo con un fino balizamiento virtual formado por modelos matemáticos y lógicos (informaciones, gráficos, imágenes). Antaño dimensiones correlativas *por mor* de su anclaje espacial, la «neo-realidad» supone, en este sentido, la subordinación de la realidad natural o material a lo inteligible o simbólico, en una suerte de fantasía borgiana donde no hay límites extensos y estructuras espaciales sino superposición y concentración de objetos, niveles y datos, de modo que el *topos* se convierte en *tropos* (lenguaje, movimiento, metáfora). Cfr. ESPINOSA RUBIO, L., «El nihilismo virtual en la sociedad hipertecnológica», *Ágora: Papeles de Filosofía*, 26 (2), 2007, pp. 79-101.

<sup>15</sup> Ciertamente, el nihilismo estructural de Occidente, esto es, el agente patógeno que reduce las cosas a puro tránsito sin consistencia propia negando, por consiguiente, su «valor» (Nietzsche) y su «sentido» (Heidegger), ha pasado de ser, parafraseando a Nietzsche, «el más inquietante de todos los huéspedes», a hospedarnos en su hacienda como anfitrión incontestable. Ahora bien, frente al nihilismo convencional donde la realidad, por hablar con Heidegger, es «el último humo de la realidad evaporada», la *des-realización* inherente a lo virtual no implica aniquilación ontológica y pesimismo sino, al contrario, el *hiperrealismo* de la ubicua ficción, una profusión de contenidos y enunciados, signos e imágenes hasta el empalago afirmativo, un *exceso* de ser cuya exuberancia simbólica aligera, empero, su desbordante enjundia, a costa de una ausencia de sustancia sin paliativos y de su correlato subjetivo, ese sentimiento trivial de la existencia. De aquí el fenómeno de la «hiperexpresión», cuyos efectos patógenos han contaminado la región del arte en nombre de la consabida «desilusión estética», ese fenómeno promovido por la «estetización» de una sociedad enfrascada en celebrar el prurito semiótico, esto es, la penuria semántica: «El problema no es de pérdida del sentido, sino del *too much*, de una proliferación del sentido que (...) afecta a la actividad artística. Hay una proliferación de expresión, (...) de hacer que todo tenga un sentido estético. (...) Es la muerte del sentido, pero por exceso (...) y no por falta». BAUDRILLARD, J., *La ilusión y la desilusión estéticas*, Caracas, Monte Ávila, 1997, p. 112.

<sup>16</sup> Cfr. SCHUMPETER, J. A., *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984, p. 121.

<sup>17</sup> El sociólogo Sennett ofrece en nombre del pragmatismo un testimonio irrefutable al respecto cuando analiza, combinando erudición histórica, agilidad periodística y copiosa información, los nuevos rostros del trabajo frente a la esfera laboral en vías de desaparición, cuando los trabajadores poseen una personalidad formada y firme en el marco de rígidas organizaciones jerárquicas. En lugar de una carrera predecible, una rutina estable o la adhesión leal a una empresa, el horizonte del trabajador en el Capitalismo post-industrial pivota, con tal de favorecer una economía más dinámica, sobre un mercado laboral flexible, reajustes de plantilla periódicos e imprevisibles y, en resumen, exigencias de movilidad absoluta en términos de transitoriedad, innovación, proyectos a corto plazo y riesgo. Cfr. SENNETT, R., *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2000.

el disangelio de la Modernidad (su catástrofe inmunológica), en nombre de una «revolución espacial» cuya digestión devoradora transforma nuestro sentimiento del mundo radicalmente. Y es que, reducido a labor y consumo, *ha cambiado de lugar* de manera tal que no aparece ya como realidad exterior en la que habitamos sino como *nuestra*, en el sentido del idealismo clásico<sup>18</sup>.

### 3. DIAGNÓSTICO: «DESARRAIGO» COMO «SER-EN-LA-IMPOSIBILIDAD»

En tal disposición de los términos, se imponen paroxísticamente las reflexiones de Heidegger alrededor del «desarraigo» entendido, desde la óptica ofrecida por la analítica existencial fenomenológico-filosófica del «ser-ahí» (*Dasein*), como *desfallecimiento* del «ser-en-el-mundo» (*In-der-Welt-sein*), convertido en «ser-frente-al-mundo», «des-quiciado», «desterrado» (*heimatlos*), «fuera» (en sentido absoluto), por razón de su «emplazamiento» (*Standort*) en los márgenes abismales del mundo sin «aquí» y sus inhóspitos desiertos, esos «no-lugares»<sup>19</sup>. En cuanto al *pathos* correspondiente a la «desaparición» óntico-ontológica del mundo y la

<sup>18</sup> Si bien es cierto que la metamorfosis del mundo en un posesivo, es decir, en algo meramente disponible o, por decirlo con Heidegger, en «existencia» (*Bestand*), ha tenido lugar técnicamente de forma fáctica, sólo puede ser entendida en términos idealistas, no ya en el sentido especulativo de las fórmulas vulgares del idealismo que hunden las raíces del mundo en la conciencia del sujeto sino que, desde una perspectiva más amplia, ha sido transformado en «representación *para mí*» o «producto de la producción» (*Fichte*), del mismo modo que Hegel denomina «idealista» al devorador animal en su *Filosofía del derecho* porque se apropia, anexiona e imagina el mundo en forma de botín, o sea, dispone de él como «algo suyo». Cfr. ANDERS, G., *op. cit.*, pp. 119-120. Es preciso matizar a propósito que Heidegger maneja dos conceptos de «existencia» diferentes. En cuanto *Bestand*, la «existencia» posee un sentido propiamente bancario y monetario, a saber, el estado de «des-ocultamiento» (*Offenbarkeit*) propio del emplazar desafiante, es decir, el modo como se halla presente. Las «existencias» efectivas, cuantificables por medio del cómputo y acumulables como un sistema de informaciones, se caracterizan básicamente por encontrarse a la disposición del hombre como las latas en el mercado, de tal manera que la consistencia de lo real queda desintegrada por completo, más allá de la comprensión moderna del ser del ente como «objeto» (*Gegenstand*) de la representación humana. Cfr. HEIDEGGER, M., «La pregunta por la técnica», en *Conferencias y artículos*, Barcelona, Serbal, 1994, pp. 9-37, p. 17 ss. En cambio, la «existencia» como «proyecto» (*Existenz*) se define como una estructura fundamental de la «cura» (*Sorge*), como aparece explicado más abajo.

<sup>19</sup> Aunque las regiones deshabitadas del planeta, como son los desiertos azules (océanos), amarillos (arena), verdes (selvas), grises (altas montañas) y blancos (mundo polar), constituyen su ejemplo más gráfico, existen desiertos más representativos de nuestra época. Nos referimos a las «zonas de paso» en sentido amplio, tanto localizaciones destinadas al tránsito (aeropuertos, plazas, centros comerciales,...) como instalaciones pensadas para una estancia limitada (centros vacaciones, plantas fabriles, asilos nocturnos,...), espacios cuasiosociales cuya existencia no depende de una población regular o un sí-mismo colectivo arraigado a sus contenidos simbólicos sino que, al contrario, se caracterizan por no detener a sus visitantes o paseantes: «Son tierra de nadie, a veces repleta, a veces vacía. Desiertos de paso que pululan en los centros sin núcleo y en las periferias híbridas de las sociedades contemporáneas». SLOTERDIJK, P., «Patria y globalización: Notas sobre un recipiente hecho pedazos», *Observaciones Filosóficas* [<http://www.observacionesfilosoficas.net/patriayglobal.html>].



«peregrinación» o «nomadización» (*Aufent-haltslosigkeit*)<sup>20</sup> que constituye su corolario, podemos identificarlo fácilmente con ese «vacío del corazón» que acompaña la «vivencia esquizofrénica de vacío» (Fischer) y la «ruina del mundo» (Freud) o, si se prefiere, la *desesperación* bosquejada magistralmente por Hölderlin en su elegía de *Marienbader* como «los tediosos ojos clavados sobre la sombría senda». De tal suerte que el «estrechamiento espacial» del globo se torna vacío total, como refleja el gesto «rígido ante el vacío» del desesperado y su inquietud infinita, desvanecido por la pérdida del mundo a pesar de tener ante sus ojos los hombres y la naturaleza. Y es que, como advierte Safranski, podemos comunicarnos globalmente, pero no *habitar* lo global; solamente podemos habitar aquí o allá, no «por todas partes»<sup>21</sup>.

Al poner de relieve la estructura fundamental de la existencia como «ser-en-el-mundo», Heidegger aporta claridad sobre el ámbito despejado por la psiquiatría y tematizado como su «objeto» (esto es, los fenómenos patológicos), así como las nociones básicas y la metodología adecuada para comprenderlo y describirlo imparcialmente, más acá de toda *teoría* científica<sup>22</sup>. Combinando la fenomenología heideggeriana y el psicoanálisis freudiano desde la obra de Jaspers, la Escuela del Análisis Existencial ha diagnosticado, a modo de propedéutica para una psiquiatría clínica a la altura del presente, los síntomas mórbidos del «desarraigo», estudiando la comprensión del *sentido* del mundo experimentado por el paciente en la finitud de la existencia, a la luz de la información metafísica que subyace a su enajenación espacial (tal y como aparece formulada en la nueva doctrina de la supremacía del exterior), no ya en términos de psicosis sino de «somatosis». De este modo, retrotrae la concepción científico-natural del hombre (tradicional en psiquiatría) como unidad anímico-corporal al plano de la trascendencia subjetiva del «ser-en-el-mundo», si bien en constante consideración conjunta de su proyección en la pantalla de lo objetivamente existente y las relaciones «psico-físicas» fundamentadas empíricamente desde la visión psiquiátrica de la realidad<sup>23</sup>. En efecto, tan falso es reprochar

<sup>20</sup> G. Anders adopta el término *Verfremdung* de Brecht para expresar semejante «alienación espacial», entendida como la «re-ubicación» de alguien que, por efecto de ese desplazamiento, pierde su lugar propio y, por tanto, se encuentra «alienado» (dislocado o trastornado). Nos parece más esclarecedor, empero, traducir *Verfremdung* por «extrañamiento», toda vez que «extrañar» también significa «destrerrar a un país extranjero». Cfr. ANDERS, G., *op. cit.*, p. 122.

<sup>21</sup> Cfr. SAFRANSKI, R., *¿Cuánta globalización podemos soportar?*, Barcelona, Tusquets, 2004, pp. 85-86.

<sup>22</sup> Somos conscientes de que Husserl tiene el mérito de indicar expresamente, desarrollando las averiguaciones de Brentano, el significado del método «fenomenológico» y su prometedora proyección, mediante la descripción de las estructuras de la «conciencia intencional», en la investigación psicopatológica aislada, más allá de la concepción «teorética» de los procesos anímicos. Sin embargo, Heidegger ha demostrado que la posibilidad trascendental de comportamiento intencional radica en la temporalidad de la existencia *fáctica*, es decir, del «ser-en-el-mundo», delimitando de este modo la investigación en psiquiatría, sus principios y su horizonte de comprensión. Cfr. BINSWANGER, L., «La significación de la analítica existencial de Martin Heidegger para la autocomprensión de la psiquiatría», en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, pp. 587-604, pp. 587-589.

<sup>23</sup> Aunque la singularidad del «alma» sólo puede ser comprendida, como enseña Platón, a la vista de la naturaleza del «todo» (vale decir, de la *existencia*), es una exigencia fundamental de la psicoterapia considerar *también* al hombre en tratamiento como objeto «natural» (es decir, como «psíquico»), en aras de comprobar si la integridad de su sistema nervioso central sufre un eventual trastorno, en cuyo caso estaría limitado de antemano. Es más, si tomamos en consideración la diferencia «óptico-ontológica», en cuanto presupuesto ineludible del pensamiento, desde un punto

a Heidegger que su análisis del *Dasein* olvida la naturaleza (pues sus conjeturas sobre la existencia proporcionan la *basis* de su problematización), como denunciar que la analítica existencial, en cuanto dirección psiquiátrica de investigación, descuida la corporalidad (en la medida que el «proyecto de mundo» —*Entwurf von Welt*— es un «proyecto yecto» —*geworfener Entwurf*—<sup>24</sup>, la existencia sólo puede ser pensada *corporalmente*).

Como es sabido, Heidegger define la existencia («proyecto») como una estructura ontológica fundamental de la *cura* («preocupación»). Aunque esencialmente *es* en razón de sí misma, la existencia no establece libremente el fundamento de su ser, pues el arrojamiento en la *facticidad* («que-es-ello») que constituye su *sino* se traduce inexorablemente en la determinación, por parte del ente en general, de las posibilidades disponibles para sus proyectos del mundo. Sin embargo, el estado *yecto* del «ser-en-el-mundo» presta a la existencia, precisamente, su *poder*, puesto que sólo ella le ofrece «realmente» posibilidades asequibles de ser: «La trascendencia es no solamente aumento excesivo y superabundancia de la existencia en orden al mundo, sino, al mismo tiempo, sustracción (...), y sólo en esta limitación se apodera «del mundo»»<sup>25</sup>. De tal manera que lo decisivo del «desarraigo» estriba, considerado desde el horizonte trascendental de la existencia, en la noción de «poder-de» (*Vermögen*), en tanto que el devenir espectral de las esferas de pertenencia tradicionales aborta por principio, con menoscabo de la *libertad* fundamental para vivenciar-y-comportarse, la experiencia «yo soy el ser que puede (vivir en posibilidades de existencia)», esto es, lo patológico en su sentido más radical<sup>26</sup>.

Sin duda, el concepto de «ser errático» (Luis Sáez) no puede mostrarse más revelador en relación a la problemática del «ser-en-la-imposibilidad», según el cual *pertenecer al mundo y hacerlo* son dos rostros del mismo acontecimiento discordante, en cuya coyuntura fermenta el pensamiento *en estado naciente*, esto es, el máximo exponente de la «voluntad de poder» (Nietzsche) en los espíritus más prósperos, nobles e inteligentes. De hecho, toda innovación exige, para ser genuina (en

---

de vista epistemológico, los enfoques «ser-a-la-mano» (*Zuhandensein*) y «ser-ante-los-ojos» (*Vorhandensein*) no sólo son complementarios sino que deben ser asumidos desde un enfoque interdisciplinar, a pesar de que sus respectivos objetos (a saber, el «ser» del hombre y su «organismo», considerado en términos de la ciencia médica) responden a dimensiones distintas de la realidad. De hecho, la praxis clínica pone de manifiesto la interferencia de ambos posicionamientos cuando el médico se pone «en relación» o trata de «entenderse» con su paciente (en cuanto co-existente) como punto de partida para dilucidar con exactitud (técnicamente) los *síntomas* de la enfermedad que padece (como objeto científico), no sólo con ocasión de la primera exploración sino durante todo el tratamiento.

<sup>24</sup> Como observa Alejandro Vigo, Heidegger entiende por «proyecto yecto» la co-pertenencia originaria del «encontrarse» (*Befindlichkeit*) y del «comprender» (*Verstehen*) con el «estado de abierto» (*Erschlossenheit*) del «ser-ahí» (*Da-sein*), en virtud de lo cual la trascendencia posee un carácter esencialmente finito: En cuanto libre «poder-ser» (*Sein-Können*), el *Da-sein* se encuentra arrojado, esto es, «yecto» entre los entes. En este sentido, el filósofo mantiene que la «esencia» (*Wesen*) de la «finitud» (*Endlichkeit*) radica, en cuanto libertad para el fundamento, en la trascendencia. Cfr. Vigo, A., *Arqueología y aleteología y otros estudios heideggerianos*, Buenos Aires, Biblos, 2008.

<sup>25</sup> BINSWANGER, L., *op. cit.*, p. 594.

<sup>26</sup> Cfr. BLANKENBURG, W., «La psicopatología como ciencia básica de la Psiquiatría», *Revista Chilena de Neuropsiquiatría*, 21 (3), 1983, pp. 177-188. Cfr. MAY, R., «Contribuciones de la Psicoterapia existencial», en R. MAY y otros (eds.), *Existencia. Nueva dimensión en psiquiatría*, Madrid, Gredos, 1967, pp. 58-122, pp. 64-65.

el sentido de la *euphyía* o del talento para exceder lo previsto y enaltecido como «verdad»), la «cosa misma» apuntando su rebasamiento porque, sin su comparecencia, la creación es *vacía*, o sea, mera *maquinación* autonomizada, en lo que constituye uno de los síndromes más acuciantes del presente, como ilustra el nuevo paradigma «inmaterial» del trabajo. En otras palabras, si la existencia en cuanto tal sólo puede proyectar acerca de las posibilidades hacia las cuales se encuentra arrojada, no podemos sino reconocer que la radicación *en-el-mundo* es *conditio sine qua non* para emprender una «línea de fuga» (Deleuze) con respecto a la facticidad de lo que está «a-la-mano». El precio del «desarraigo» se cifra, consecuentemente, en la *potestas* de proyectar hacia una tierra ignota, mediante la mirada ex-céntrica que nos define, la ex-tradición nomadológica experimentada *por mor* del «extrañamiento» (*Entfremdung*), esa tensión metamórfica siempre tácita en la existencia, pero emergente explícitamente en la experiencia de la angustia<sup>27</sup>.

Desde luego, es innegable que nuestra conclusión puede parecer contradictoria a simple vista, ante la evidencia del vértigo del hacer y del transitar que caracteriza nuestra existencia. Pero si lanzamos una mirada más penetrante, no es difícil reconocer en semejante tráfigo una «ficcionalización del mundo», una «organización compulsiva del vacío» donde la (re)producción masiva de posibilidades en clave electrónico-informacional apenas oculta, bajo recurrentes novedades evanescentes y simulacros de creatividad, la condición «estacionaria» de una sociedad inmóvil, paradójicamente, en su frenética movilidad<sup>28</sup>. Se trata, en realidad, de mecanismos ciegos de autoconservación vertebrados alrededor de la huída, una dialéctica neurótica encaminada a suplir, en nombre de cierta «diferenciación específica», el desierto de experiencias genuinas y gratificantes donde encontrar arraigo existencial por la vía autártica del «atomismo-nómada» (esto es, del usuario terminal de sí mismo y sus oportunidades). No es arbitrario, así pues, el reciente apogeo de los psicotrópicos ya que, quien no puede acceder a las drogas sustitutivas del individualismo ególatra o carece de motivaciones suficientes en esa dirección, tiene que consolarse con sustitutos químico-farmacológicos para mitigar, por vía de la «experiencia secuestrada» (Giddens), la intensidad de la ausencia<sup>29</sup>. Entretanto, el

<sup>27</sup> Cfr. HEIDEGGER, M., «¿Qué es metafísica?», en *Hitos*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 93-109.

<sup>28</sup> Entendido como disposición técnica de la inmersión bajo el presagio de su permutabilidad, el ciberespacio aparece ante los ojos de Sloterdijk, bajo este prisma, como el principal generador de ironía del presente, en la medida que tecnifica continuamente la ironía bautista del cristianismo (a saber, que los hombres dejan de ser los mismos tras sumergirse en el agua del bautismo), estableciendo un nuevo criterio de civilización. No es sorprendente, vistas las cosas así, la presencia masiva de androides en sus laberintos técnicos, cuya diferencia resulta imposible discernir a simple vista. Cfr. SLOTERDIJK, P., «La ironía cibernética», *Antroposmoderno* [[http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id\\_articulo=782](http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=782)].

<sup>29</sup> En el orden del mundo antiguo (chamánico), las drogas poseían, más allá de su identificación químico-farmacéutica y policíaco-cultural, un estatus fármaco-teológico, por razón del cual eran elementos, actores y fuerzas de la naturaleza con la capacidad de inducir cierta permeabilidad de los confines del yo por medio del éxtasis, en el marco de procesos de sacralización de la realidad que favorecían el afán del sujeto por integrarse en el cosmos ordenado con tal de sobrevivir. A la altura del presente asistimos, en cambio, a la cesura de culto y embriaguez, esa «decadencia de los oráculos» (Sloterdijk) por concurso de la cual las drogas se tornan, reducidas a su dimensión meramente narcótica y adictiva, «duras» y prosaicas, orientadas al consumo privado y profano en función de una concepción de la felicidad sintética y espectral. Cfr. VÁSQUEZ ROCCA, A., *Cuaderno*

Capitalismo virtual de cuño técnico se consolida como el único discurso posible hasta confundirse con la evolución natural de las cosas, conformando un marco de referencia inclusivo y autorreferente en absoluto.

#### 4. SINTOMATOLOGÍA: TRANSFORMACIONES PATOLÓGICAS DE LA EXPERIENCIA DEL ESPACIO

Elaborar aquí un cuadro médico de la «alienación espacial» cuyo diagnóstico hemos delimitado a nivel ontológico es naturalmente imposible, ya que cada caso requiere, a tenor de su carácter singular, único e irrepetible, íntimamente condicionado por la situación, la función, la vivencia y su estructura histórica, un tratamiento específico (frente a la pretensión positivista de «objetivar» la enfermedad mediante fórmulas rígidas y rutinarias, al abrigo del cálculo y la experimentación, por parte del gran dispositivo psicológico-psiquiátrico). Por otro lado, etiquetar bajo el mismo rótulo patologías tan complejas como las relacionadas con el «sentido del espacio» es extremadamente peligroso desde un punto de vista psicopatológico, pues operar con un solo término para trastornos radicalmente diferentes desemboca asiduamente en la hipóstasis del propio «espacio», además de funciones «generales» o sistemas de función inmutables, soberanos y extemporáneos, a costa de analizar, contrastando la diagnosis de trastornos funcionales básicos mediante investigaciones focales psicológicas y fisiológicas, cómo resuelve el organismo cierta tarea en una situación determinada. Además, simplificamos la cuestión demasiado reduciendo tales trastornos al terreno espacial pues, dado que no sólo hacen referencia al rendimiento del enfermo sino también, en primera línea, a su modo de existencia, expresan un empobrecimiento totalmente determinado de trasfondo del mundo<sup>30</sup>.

No nos resistimos, empero, a mostrar preliminarmente varias expresiones mórbidas de superficie, procesos de reclusión y parálisis tan inquietantes como inadvertidos, a pesar de su inestimable esfuerzo de sagacidad y deliberación, por la ciencia médica positivista, en orden a aportar un granito de arena en esa tarea de

de *Materiales. Filosofía y Ciencias Humanas*, 22, 2006, [<http://www.filosofia.net/materiales/num/num22/Sloterdijk.htm>].

<sup>30</sup> Dado que constituyen manifestaciones psicológicas concretas (enfermedades agudas o crónicas, expresiones episódicas, alternancias de los síntomas, etc.) de un proceso ontológico de *decadencia*, soterrado y autodestructivo (el mundo se abisma en la enfermedad), carece de sentido mantener el criterio absoluto de análisis imperante desde la Ilustración y su lógica binario-oposicional «normal-patológico», sistematizada por Kraepelin cuando define las «enfermedades mentales» como «disturbios psíquicos» que remiten a alteraciones biológicas, y materializada en forma de manicomios, hospitales psiquiátricos y formas de encierro más sutiles. Se trata de discriminar, en cambio, diferentes estratos en una misma configuración geo-pato-lógica: «La *decadencia* de una cultura (...) consiste en su núcleo ontológico más general y esencial, mientras que las *patologías* son modos en que dicho núcleo se corporeiza. Pues la *decadencia* es una dimensión intensiva que no sería tal si no toma cuerpo en formas (sin duda diversas y múltiples), tal y como la fuerza del viento, al afectar a un mar en calma sólo puede existir en esa materialización que consiste en la miríada de formas del oleaje y de los movimientos acuáticos que lo acompañan». SÁEZ RUEDA, L., «Enfermedades de Occidente. Enfermedades actuales del vacío desde el nexo entre filosofía y psicopatología», en L. Sáez Rueda y otros (eds.), *Occidente enfermo. Filosofía y Patologías de Civilización*, Múnich, Grin, 2011, pp. 71-92, p. 80.

largo aliento llamada a consolidar el nexo existente entre filosofía y psicopatología. Aunque cualquier decisión sobre su tipología sólo sería justificable tras una paciente investigación individual, no se trata, en cualquier caso, de trastornos de la atención o disminución de la conciencia dirigida a la acción, una clase de patologías a raíz de las cuales la teoría ha pasado por alto, dicho sea de paso, la dimensión espacial en beneficio de la temporalidad<sup>31</sup>. Nos referimos, en realidad, a anomalías de la praxis en el sentido más amplio del actuar y de la gnosis o del percibir y conocer, cuya pertinencia funcional casi nos permite decidir arbitrariamente si la comprensión se encuentra trastornada por la acción o viceversa.

Para entender el alcance orgánico (sensoriomotriz) de semejantes complicaciones, comenzaremos considerando la concepción de Merleau-Ponty sobre la corporalidad, en su dinámica orientación hacia tareas posibles o actuales, como centro de instauración de las primeras coordenadas de experiencia y, por tanto, lugar primordial de la apropiación del mundo y del ser. Y es que, como pueden reconocer sin dificultades quienes tengan una predisposición natural a la conciencia kinestésica, trabajan regularmente con el cuerpo humano y han aprendido su callado lenguaje, pensamos que el cuerpo y sus expresiones representan, a pesar de permanecer relegado en el olvido durante los últimos dos milenios de la cultura occidental<sup>32</sup>, una herramienta epistemológica privilegiada de cara a discernir en sus huesos, músculos y tejidos la fúnebre silueta del «desarraigo», desafiando las misivas de la vanguardia tecnológica que anuncian por doquier, en nombre de la robótica, la inteligencia artificial y las prótesis electrónicas concomitantes, un futu-

<sup>31</sup> Por ejemplo, Bifo advierte que las patologías psicótico-esquizoides de la «hiperexpresión», dominantes en nuestro horizonte histórico inmediato, escapan a la esfera conceptual freudiana, en la medida que no se cifran, como los fenómenos neuróticos, en la represión de la libido, sino en el estallido expresivo del *just do it*. No obstante, la difusión de las tecnologías de la aceleración absoluta y la «hiperestimulación» semiótica que constituye su correlato favorecen, como principales agentes patógenos contemporáneos, un giro antropológico, psíquico y lingüístico sin parangón, suprimiendo la percepción de la temporalidad como consecuencia del desfase existente entre la velocidad infinita de la infoesfera, materializada en las tecnologías electrónicas de la información y la transmisión en tiempo real, y los tiempos de elaboración racional y emotiva de los estímulos que proceden del entorno, en detrimento de los presupuestos fundamentales del pensamiento democrático: «La aceleración infinita del tiempo real recorta los tiempos de la actividad mental hasta la dislexia, hasta el pánico. El organismo consciente reacciona ante esta situación aferrándose a automatismos psíquicos tecnológicos y sociales que sustituyen a la elección consciente. No hay ya posibilidad de elegir porque todo se desarrolla deprisa, porque la atención en el tiempo está saturada». BERARDI, F., *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semicapitalismo*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2007, pp. 184-187.

<sup>32</sup> El paradigma del cuerpo enajenado como sombra responde, en primer término, a la tradición religiosa y su fijación por los reinos elevados del espíritu (en detrimento de la naturaleza efímera del cuerpo y sus pasiones animales) y, posteriormente, al advenimiento de la era científica, bajo cuya égida el cuerpo deviene un mero recipiente de productos químicos carente de alma. Las terribles consecuencias de semejante paradigma subrayan el abismo existente entre cuerpo y mente, favoreciendo el desarrollo del hemisferio lógico izquierdo y la lucha sostenida por el ego individual a expensas del hemisferio intuitivo derecho y la materia carnal. La cultura genera, desde este punto de vista, todo tipo de polaridades, así como culpabilidad y vergüenza asociadas a las funciones corporales, enfermedades psicosomáticas y epidemias de nuevo cuño como el abuso parental, la adicción al sexo y las drogas o los trastornos alimenticios. Cfr. ZWEIG, C. y ABRAMS, J., *Encuentro con la sombra. El poder del lado oscuro de la naturaleza humana*, Barcelona, Kairós, 2004, pp. 147-150.

ro cada vez más desencarnado donde los seres biónicos culminarán triunfalmente el paradigma «posthumano»<sup>33</sup>.

Con el objeto de reubicar la percepción (*aisthesis*) en el ámbito de la existencia y reivindicar, en este sentido, el papel determinante de la «carne» para la constitución del sujeto, Merleau-Ponty define su sensoriomotricidad como la *materIALIZACIÓN* del arrojado del *Dasein*, elaborando creativamente la tesis husserliana de la corporalidad como «punto de cero de orientación», según la cual la conciencia sólo se trueca realmente humana en virtud de su unidad intuitivo-empírica con el cuerpo, esto es, la única forma posible de ocupar un lugar en el espacio de la naturaleza, así como encontrarse con el mundo circundante en plenitud<sup>34</sup>. Ahora bien, si el cuerpo «da lugar a la existencia»<sup>35</sup> y, por consiguiente, expresa que es-del-mundo, es porque su espacialidad no designa, como ocurre con las «sensaciones espaciales», una posición determinada en relación a otras posiciones sino, antes bien, la instalación de las primeras coordenadas, el anclaje del cuerpo activo en un objeto como resultado del sosegado «detenerse-en-algo» (Heidegger), esa actitud de reposo imprescindible para *darle cuerpo* y asumirlo en alguna medida.

De esta forma, Merleau-Ponty pone de relieve que la existencia *es* «espacial», diferenciando dos tipos determinados de espacialidad que constituyen, empero, un todo funcional<sup>36</sup>: un «espacio orientado» (Binswanger) o «intuitivo» (Klages), caracterizado por la dirección, la situación y el movimiento, donde la situación del cuerpo ante sus tareas representa, constituido como formación espacial, el centro absoluto de orientación; y el espacio exterior, tridimensional y homogéneo de la ciencia natural y la física de Newton, en el que todos los lugares (también la posición del yo o su intracuerpo) son relativos, definido como «la claridad de la sala necesaria para la claridad del espectáculo, el fondo de somnolencia o la reserva

<sup>33</sup> Vistas así las cosas, la noción bourdieuana de «habitus» constituye, considerada ontológico-existencialmente, un referente ineludible de nuestra perspectiva pues, como Douglas sugiere, la sociedad se graba en el cuerpo, entendido como «superficie de inscripción de los acontecimientos» (Foucault), esto es, espacio de manifestación y escenario, depositario psicosomático y, por ende, barómetro inequívoco de sus relaciones. Traduciendo el juego hermenéutico en estos términos, las disposiciones del cuerpo sedimentadas históricamente (en relación a las determinaciones exteriores del presente inmediato) funcionan, por tanto, como referentes interpretativos de su contexto o «campo» (Bourdieu). Cfr. DOUGLAS, M., *Pureza y peligro*, Madrid, Alianza, 1991, p. 134. FOUCAULT, M., *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-Textos, 2008, p. 32.

<sup>34</sup> Cfr. HUSSERL, E., *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, Madrid, FCE, 1993, p. 126.

<sup>35</sup> NANCY, J.-L., *Corpus*, Madrid, Arena Libros, 2003, p. 15.

<sup>36</sup> Cassirer tiene el mérito de delimitar el problema de lo espacial, todavía inagotable y muy complejo incluso en su limitación a la esfera de la psicopatología, un problema cuyas posibilidades teóricas han pasado desapercibidas para las reseñas médicas, demasiado preocupadas por los informes históricos sumarios sobre hallazgos científicos ya existentes. Para el filósofo neokantiano, no existe una concepción general y absolutamente determinada del espacio, pues solamente obtiene un contenido y una disposición propios *por mor* del orden de sentido donde se conforma en cada caso, del cual depende no sólo la constitución de sus rasgos aislados y subordinados sino su estructura principal. Lo que coliga todos los espacios de diferente carácter significativo es, desde esta óptica, una determinación puramente formal, expresada diáfananamente por la definición leibniziana del espacio como «la posibilidad de la coexistencia» y como «el orden en la existencia posible», una posibilidad que experimenta diversos modos en su realización y actualización. Cfr. BINSWANGER, L., «El problema del espacio en la psicopatología», en *op. cit.*, pp. 477-541, p. 479.

de potencia vaga sobre los que se destacan el gesto y su objetivo, la zona de no-ser *ante la cual* pueden aparecer unos seres precisos, figuras y puntos»<sup>37</sup>. En definitiva: «La mundaneidad se opone, en cuanto a su espacialidad vivida, a la espacialidad abstracta según Descartes: se construye sobre la significatividad que alcanzan los seres manejados por el hombre»<sup>38</sup>.

Influido por la Escuela de la Gestalt, el psiquiatra de origen prusiano Goldstein ha demostrado, sobre la base de observaciones puramente clínicas y reflexiones sobre la conducta de la persona saludable, que todo *movimiento* implica por principio, es cierto, un *espacio externo* adecuado donde tiene lugar su realización, entendiendo ambos aspectos en función de un todo unitario que siempre es modificado en cuanto totalidad; por eso, sólo podemos escribir («concretamente» o en la imaginación) cuando escribimos dentro de un espacio real o imaginado. Pero por mucho que sin la forma universal del espacio, en cuanto medio a través del cual se propone el contenido, no habría espacio corpóreo para nosotros, no es condición suficiente para tal proposición pues, en última instancia, el cuerpo puede ser «forma» y envolver las partes del espacio objetivo, privilegiando determinadas figuras sobre otros fondos indiferentes, porque está polarizado por sus tareas y *existe* hacia ellas. Es más, desde este prisma, la percepción nunca es puntual sino gestáltica, una dialéctica ineludible entre el trasfondo y el primer plano.

Llegados a este punto, es preciso aclarar que, si bien no nos está permitido desarrollarlos por motivos de espacio, nuestra argumentación descansa sobre presupuestos sensualistas de la tradición psicopatológica. Con la ventaja de mostrar la labilidad del «espacio orientado» en relación al mundo, el epistemólogo estadounidense Grünbaum elabora la dicotomía «espacio orientado»/«espacio natural» como «espacio propio»/«espacio ajeno»<sup>39</sup>, definidos respectivamente como coherencia dinámica del propio cuerpo con su entorno más inmediato (esa unidad funcional cinestésico-óptico-motora, hablando en términos primitivo-sensualistas esquemáticos, que constituye el trasfondo de su motricidad), y como medio ambiente de la representación de los objetos y sus relaciones recíprocas. En este contexto, la motricidad se revela como la esfera primaria donde tiene lugar, en función del esquema corporal en acto (la magnitud del impulso, la caída de tensión cinestésico-motora, etc.), la conversión en una magnitud psíquica plena de sentido de toda significación en el ámbito representativo.

Ahora bien, como advierten Schilder y Head, la expresión «esquema corporal» implica cierta conciencia del propio cuerpo y su realización en la acción como consecuencia del almacenamiento y la modificación de las impresiones procedentes de la sensibilidad, de tal manera que el factor sensitivo de nuestra psique se revela como un constituyente de nuestra capacidad de movimiento. Por consiguiente, un desarrollo incompleto o un menoscabo (*atrophy*) de este factor desemboca inevitablemente, como ocurre con el «ser-frente-al-mundo» toda vez perdida su inserción carnal en el mundo y la buena proximidad con lo terrenal y corporal de las formas

<sup>37</sup> MERLEAU-PONTY, M., *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1985, p. 117.

<sup>38</sup> MARTÍN-SANTOS, L., *El análisis existencial*, Madrid, Triacastela, 2004, pp. 137-138.

<sup>39</sup> Cfr. BINSWANGER, L., «El problema del...», *op. cit.*, pp. 489-492.

de vida<sup>40</sup>, en una alteración (*interference*) de gnosis y praxis, cuyo eco funesto ha sido elaborado por la psiquiatría como trastorno «vegetativo» del organismo. Dado que hunde sus raíces en el curso del desarrollo, la percepción y el pensamiento de la motricidad, el sentido de la «distancia» en cuanto tal es entonces trastornado y, consecuentemente, el «conocimiento» del espacio ajeno, como puede deducirse de las enseñanzas de Husserl sobre la *epoché*.

En efecto, los movimientos de las representaciones objetivas no revisten una significación motriz para el enfermo sino meramente intelectual, de forma que el cuerpo se muestra impotente, abrumado por un sentimiento insoportable de inseguridad y embarazo ante la necesidad perentoria de vislumbrar el camino por recorrer; a la hora de anticiparse a sus resultados para desplegarse efectivamente como «proyecto motor». Por su parte, Wagner ha demostrado recientemente, en su empeño por desvelar el fenómeno de la «agnosia táctil» (Gerstmann), que toda dirección exige, en el peor de los casos, una plena diferenciación entre «espacio propio» y «espacio ajeno», de modo que el fracaso del enfermo en el punto de delimitarlos se traduce inevitablemente en el trastorno de la dirección especial u «ordinativo» (Ehrenwald), como trastorno funcional básico, en el sentido de Lange.

Antes de introducir la segunda implicación patológica del «desarraigo» topográficamente interpretado, hemos de llamar la atención sobre el «espacio humorado» (Binswanger) o «espacio presente» (Straus), una forma espacial que nuestra ciencia especializada ha despreciado como acientífica, a tenor de su resistencia radical a caer bajo el dominio de categorías científicas<sup>41</sup>. En contraste con el espacio vital

<sup>40</sup> Si cabe definir la identidad postmoderna en términos ortopédicos desde un punto de vista epistemológico, es porque la técnica, en general, y las «tecnologías intelectuales», en particular, han evolucionado cualitativamente, con repercusiones ontológicas como el devenir acelerado, puntual y ahistórico de la temporalidad. Ciertamente, la historia refleja de manera fehaciente que las «culturas de la mirada» (Debray) son impensables con independencia de las revoluciones técnicas que modifican la cantidad, los materiales y el formato de los signos en cada época (por ejemplo, una «videocreación» del siglo XXI demanda una mirada distinta que un retablo románico del siglo XII). En este sentido, la relación sujeto-mundo tiene lugar en el marco de sistemas socio-técnicos, «ecologías de medios» o «mediasferas» por definición. Sin embargo, los ecosistemas comunicativos contemporáneos transforman el sistema perceptivo y/o cognitivo relativo a la espacialidad tradicional (actividades de razonamiento, imaginación o memorización) con una contundencia sin parangón, no sólo en el nivel empírico del mero cálculo de posibilidades (pues producen disponibilidades ilimitadas gracias a su enorme poder de almacenamiento y procesamiento de información) sino que, más allá de la relación exponencial y la extensión cuantitativa del cambio, la singularidad de la nueva ecología cognitiva radica en un repliegue de la virtualidad sobre sí misma, en una suerte de «virtualización de la virtualización» donde la producción y la propagación del conocimiento en todos los aspectos socio-culturales tiene lugar en clave «conocimiento-conocimiento», a expensas de la clásica relación «conocimiento-materia». Cfr. MARÍN ARDILA, L. F., «Técnica y Virtualidad. Pensar las Nuevas Tecnologías», *Cuaderno de Materiales. Filosofía y Ciencias Humanas*, 18, 2003 [<http://www.filosofia.net/materiales/num/num18/Tecnivir.htm>].

<sup>41</sup> La concepción científica del mundo define el espacio unívocamente como vacío ilimitado que *precede y apoya* la totalidad de los entes y movimientos, una forma que permanece como ser más allá de todas las determinabilidades. Así entendido, el espacio muestra, paradójicamente, el ser verdaderamente positivo de las cosas como *llenamiento* de un espacio ópticamente precedente, «fundamentante», «absoluto», «vacío» y «estático». Cfr. BINSWANGER, L., «El problema del...», *op. cit.*, p. 505.



activo o el espacio homogéneo cognoscitivo en física y geometría, el mundo del humor no contempla enfrentamientos teleológicos (pragmáticos o lógicos) entre yo y mundo sobre la base de relaciones de sentido y significabilidades, sino la existencia *sensu estricto* (ateleológica, profunda y plena) del «ser-en-el-mundo», donde ambos polos forman siempre, como ilustra modélicamente la *danza*, una unidad dialéctica de la cual dimana el significado, de manera tal que las diferencias de dirección y las valencias de lugar son indiferentes para el «espacio vivido humorado» en su estructura y articulación particulares. Así pues, el mundo humorado es indistintamente subjetivo-objetivo, esto es, estructura antropológica y de lo real al mismo tiempo, lo cual nos indica que, como prueba la naturaleza metafórica de nuestro sistema conceptual ordinario<sup>42</sup>, vivimos en y comprendemos por su simbología: «Se dice que los humanos *tienen* un alma. Seamos todavía más radicales. En lo que tienen de esencial, los humanos *son* almas, porque viven en un elemento tan necesario a su vida como el agua o el aire: el elemento de la significación. Tal es el medio de la existencia pensante. Vivimos entre representaciones, relatos, imágenes, intensidades afectivas»<sup>43</sup>.

De hecho, habitamos dicho espacio desde que somos *homo sapiens-demens*<sup>44</sup>, un espacio comprendido a través del lenguaje, la acción y la tradición donde las cosas no existen por sí mismas sino por nuestra mirada, usos, ideas, expectativas, sueños y demás sistemas fantasmáticos, es decir, por la capacidad para producir nuestro hábitat como una red de significados (hipermundo): «No hay, de un lado, *la* imagen, material único, inerte y estable, y, de otro, *la* mirada, como un rayo de sol móvil que viniera a animar la página de un libro grande abierto. Mirar no es recibir, sino ordenar lo visible, organizar la experiencia. La imagen recibe su sentido de la mirada, como lo escrito de la lectura, y ese sentido no es especulativo sino práctico»<sup>45</sup>. Por tanto, en la medida que forma parte constitutiva de la experiencia, el advenimiento de la realidad virtual o la virtualidad en la globalización electrónica informática sólo constituye una novedad histórica en un sentido tecnológico (instrumental), a saber, como espacio digital del diseño asistido computacionalmente. Ahora bien, si somos «animales simbólicos» y estamos suspendidos, como advierte Geertz lacónicamente, en tramas significativas entretejidas por nosotros mismos (en contraste con la realidad acoplada de otros seres vivos y su causalidad funcional y determinista), es porque somos un pliegue de la naturaleza, estamos constituidos por el mundo de manera que todas las cosas con las que mantenemos contacto son elevadas inmediatamente a condición existencial<sup>46</sup>. En definitiva, podríamos decir que, desde la óptica del «espacio humorado», somos intérpretes en un mundo que nos interpreta.

Anulada la tensión sujeto-objeto y, por ende, la distancia existente entre «espacio propio» y «espacio ajeno», la vivencia intracorporal se trueca entonces unitariamente centrada, haciendo caso omiso de los objetos aislados del mundo exterior donde realiza su sentido *por mor* de las cualidades simbólicas del espacio, grabadas

<sup>42</sup> Cfr. DEBRAY, R., *Vida y muerte de la imagen*, Barcelona, Paidós, 1994, pp. 13-39.

<sup>43</sup> LÉVY, P., «El cosmos piensa en nosotros», *El Vampiro Pasivo*, 16, 1996, p. 3.

<sup>44</sup> Cfr. MORIN, E., *El paradigma perdido*, Barcelona, Kairós, 1974, pp. 113-133.

<sup>45</sup> DEBRAY, R., *op. cit.*, p. 38.

<sup>46</sup> Cfr. ARENDT, H., *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 23.

por la invisibilidad, la potencia y la verosimilitud. Como todo sector del mundo, el «espacio humorado» tiene, no obstante, sus propios caracteres espaciales y de movimiento, capaces de iluminar con claridad meridiana cualquier vivencia del espacio. En cualquier caso, tales caracteres se encuentran siempre determinados por esa disposición fundamental del *Da-sein* que Heidegger denomina «temple» o «humor» (*Gestimmtsein*) de la existencia<sup>47</sup>; en términos de Binswanger: «Según que, conforme a mi estado de ánimo, se me ensanche o se me encoja el corazón, me salte de alegría o se me oprima de preocupación, esté lleno hasta rebosar o extinguido y vacío, se modifica también la expresión del mundo»<sup>48</sup>. Sirvan como botón de muestra las averiguaciones de Minkowski acerca de los caracteres espaciales correspondientes a la experiencia vital del «espacio humorado» en el caso de personas que padecen algún tipo de patología. Así, mientras un enfermo deprimido experimenta que el espacio se encoge y se torna opaco, la experiencia del místico se caracteriza, en cambio, por aspectos como la claridad, la nitidez, la anchura y la profundidad, en una suerte de «sentimiento oceánico» donde el sujeto en cuestión se funde con su alrededor, como ocurre en los estados de éxtasis<sup>49</sup>.

Pues bien, si el «espacio humorado» (*gestimmter Raum*) es, en cuanto forma espacial del «temple», objeto de la psicopatología, ello se debe, entre otras cosas, a que con la «des-espacialización» del globo, el cuerpo del enfermo experimenta el movimiento como resultado de la situación en detrimento de su función de «proyección», por concurso de la cual puede reservar un espacio libre donde lo que no existe naturalmente adopta un aspecto de existencia, sobreponiendo una zona de reflexión y subjetividad (un «espacio humano» o «virtual») al «espacio físico» donde tienen lugar los movimientos concretos, esto es, el espacio del mundo natural: «La virtualización como dinámica (...) puede definirse como el movimiento inverso a la actualización. Consiste en el paso de lo actual a lo virtual, en una “elevación a la potencia” de la entidad considerada. (...) No es una desrealización (la transformación de una realidad en un conjunto de posibles), sino una mutación de identidad, un desplazamiento del centro de gravedad ontológico del objeto considerado: en lugar de definirse principalmente por su actualidad (una “solución”), la entidad encuentra así su consistencia esencial en un campo problemático. Virtualizar una entidad cualquiera consiste en descubrir la cuestión general a la que se

<sup>47</sup> Como reconoce sin tapujos el propio Binswanger, el concepto de «espacio humorado» que maneja hunde sus raíces en la noción heideggeriana de «humor». Cfr. BINSWANGER, L., *Le problème de l'espace en psychopathologie*, Toulouse, Presse Universitaires du Mirail, 1998, p. 100. Heidegger entiende el «humor» como una «tonalidad afectiva» (*Stimmung*) fundamental del *Da-sein*, a saber, un tomar nota primario (pre-reflexivo) de lo que somos y cómo nos encontramos, lo primigenio del sentirnos vivir a nosotros mismos. Ahora bien, como toda disposición afectiva fundamental, este modo existencial no solo tiene un sentido psicológico, sino que también posee un alcance ontológico, ya que nos permite abrirnos al mundo de tal manera que éste se nos revela con una tonalidad determinada, además de ofrecernos un abanico de posibilidades concreto. Cfr. GILARDI, P., «Sobre la noción de STIMMUNG en M. HEIDEGGER», *Revista de Filosofía*, 39 (118), 2007, pp. 41-48.

<sup>48</sup> BINSWANGER, L., *Artículos y conferencias*, Madrid, Gredos, 1961, p. 366.

<sup>49</sup> Cfr. MINKOWSKI, E., *Le temps vécu*, París, Presses Universitaires de France, 1995. [Citado por Gabriel Duero, D. y Carreras, X.: «Un análisis fenomenológico y narrativo de los 'Diarios' de la escritora Alejandra Pizarnik», *Athenea Digital*, 15 (1), 2015, pp. 31-63, p. 37].

refiere, en mutar la entidad en dirección a este interrogante y en redefinir la actualidad de partida como respuesta a una cuestión particular»<sup>50</sup>.

Con el contenido vivencial del temple brillando por su ausencia, digamos que el enfermo en cuestión experimenta el espacio como un amontonamiento de cosas inconexas, como si solo estuvieran ahí para rellenar un vacío en determinados lugares y, ocasionalmente, moverse dentro «al igual que los peces dorados en el acuario»<sup>51</sup>; en palabras de Schneider: «Yo y mis movimientos no somos, por así decir, más que un eslabón en el desarrollo del conjunto y apenas sí tengo conciencia de la iniciativa voluntaria (...) Todo marcha solo»<sup>52</sup>. Desde esta perspectiva, la relación entre yo y mundo se caracteriza, frente al «reencantamiento» electrónico del mundo asociado con las exuberantes propuestas informatizadas de producción, gestión y publicidad, anunciadas como la disponibilidad, la eficiencia y la belleza por excelencia, por una pobreza de mundo sin precedentes, un mundo mudo e incoloro donde la naturaleza ya no manifiesta su existencia, su fuerza y sus relaciones, esto es, hablando fenomenológicamente, la «queidad» (*Washeit*) de lo percibido, lo invisible de lo visible. De aquí se sigue una forma *maniaca* de existencia sumida en la *indiferencia*, en el sentido de una «nivelación» (Wernicke) de los «factores de vivencia» (noético-noemáticos) y los acentos de significación (véase la estructura del pensamiento con fuga de ideas), la articulación gramatical y sintáctica, la estructura social (también del «uno con otro»), la maduración de la biografía interna (salto, «torbellino», realización de deseos) y la temporalidad<sup>53</sup>.

En cuanto que, como el «espacio orientado», también involucra la situación concreta, es plausible ampliar experimentalmente el estudio del «espacio humorado» en el marco de la patología. No nos pasan desapercibidas, empero, las dificultades que supone una localización biológica y, especialmente, cerebral-fisiológica con vistas a esclarecer empírico-científicamente sus implicaciones patológicas en el orden óptico-genético de las esferas vivenciales aisladas, como certifica el estado embrionario de la psicopatología al respecto. Por eso, debemos conformarnos, de momento, con las averiguaciones logradas a nivel antropológico-clínico, entre las cuales nos parecen especialmente relevantes, por lo que aportan a la investigación de las alucinaciones sensoriales, las notas de Binswanger sobre el espacio patológicamente humorado del esquizofrénico<sup>54</sup>.

En ellas, el psiquiatra suizo analiza el comportamiento de un enfermo que observa desde la cama, entre palpitaciones del corazón, angustia, desvanecimiento y un intenso dolor en la región frontal, cómo un fragmento de vía relativamente alejado de la ventana penetra en la habitación hasta incrustarse en su cabeza, a pesar de ser plenamente consciente de semejante discrepancia espacial. De tal suerte que, como ocurre en la embriaguez por mescalina según Beringer, Mayer-Gross o Stein,

<sup>50</sup> LÉVY, P., *¿Qué es lo virtual?*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 19. Si reparamos en la etimología latina de «virtualidad» (*vis*, fuerza), comprendemos *ipso facto* que nuestra capacidad para «virtualizar» la realidad objetiva es un vector de creación de realidad y plasmación de sentido, entendiendo la fuerza como irradiación y promoción de vida y diferenciación, esto es, como «voluntad de poder». Cfr. MARÍN ARDILA, L. F., *op. cit.*

<sup>51</sup> BINSWANGER, L., «El problema del...», en *op. cit.*, p. 505.

<sup>52</sup> MERLEAU-PONTY, M., *op. cit.*, p. 122.

<sup>53</sup> Cfr. *ib.*, pp. 529-530.

<sup>54</sup> Cfr. *ib.*, pp. 524-525.

el «espacio orientado» se convierte en un espacio alucinado modificado por un sentimiento patológico del mundo, formando con el «espacio humorado» una unidad grotesca y contradictoria determinada, análogamente al «espacio mítico-mágico» elucubrado por Cassirer, por la unidad significativa de lo demoníaco.

## 5. CONCLUSIÓN

Tras la época dorada de los grandes sistemas, pensamos que la Filosofía todavía posee una tarea esencial en el devenir postmetafísico: elevar su función terapéutica, contra el imperio psicológico-psiquiátrico, a la altura del acontecimiento, con el fin de dar un salto en el vacío en pos de un nuevo *inicio*. El objetivo es avivar sin tregua, en la «tecno-realidad» del nuevo espacio utópico virtual, un pensamiento orientado por una preocupación *ethopoietica*, es decir, por el interés filosófico en la producción de un *éthos* consistente y vigoroso en el «mundo de la vida». En este sentido, el gran reto de nuestro tiempo se cifra en la posibilidad de establecer sistemas inmunológicos espaciales, formas viables de residencia con la capacidad de proporcionar satisfacciones fieles al espacio, diseños exitosos y condiciones de inmunidad dignas de ser vividas, en un mundo marcado por el movimiento, el riesgo y el desasosiego.

Con todo, la erosión avanzada de la inmunidad tradicional y sus funciones étnico-regionales no debería contemplarse simplemente en términos decadentes y autodestructivos sino que un nuevo arte político, de ser posible, exige conservar y superar simultáneamente, en la línea de la «serenidad» (*Gelassenheit*) heideggeriana, su objeto fundamental (el espacio virtual del nuevo Capitalismo), mediante un modo por-venir de representarlo que redima la patria (*Heimat*), bajo la luz arrojada por la antigua sabiduría del emigrante (*ubi bene ibi patria*), como espacio de la buena vida, más allá del lugar donde nos encontramos eventualmente. Con los nichos de recogimiento en la latencia, no se trata de desplegar mecánicas atávicas sobre un espacio nacional más transparente, como persiguen los rostros contemporáneos del romanticismo alemán y su *Volksgeist*, sino de habitar un mundo distinguido donde sea posible experimentar, desde una radicación sazónada emocionalmente, la seguridad cotidiana de la «familiaridad» (*Heimatlichkeit*) o «estar en casa» (*Zuhause sein*), refugiarnos del contacto con el gélido viento del afuera y evitar el «desamparo» (*Unheimlichkeit*), que no es el estado de ánimo del que está fuera de casa, sino del que no tiene hogar (*Heim*).

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABRIL CURTO, G., «Sujetos, interfaces, texturas», *Revista de Occidente*, 206, 1998, pp. 59-76.  
 ANDERS, G., *La obsolescencia del hombre (Vol. 1). Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial*, Valencia, Pre-Textos, 2011.  
 ARENDT, H., *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993.  
 BAUDRILLARD, J., *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, 1978.  
 — *La ilusión y la desilusión estéticas*, Caracas, Monte Ávila, 1997.

- BERARDI, F., *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2007.
- BINSWANGER, L., *Artículos y conferencias*, Madrid, Gredos, 196
- *Le problème de l'espace en psychopathologie*, Toulouse, Presse Universitaires du Mirail, 1998.
- «El problema del espacio en la psicopatología», en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, pp. 477-541.
- «La significación de la analítica existencial de Martin Heidegger para la autocomprensión de la psiquiatría», en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, pp. 587-604.
- BLANKENBURG, W., «La psicopatología como ciencia básica de la Psiquiatría», *Revista Chilena de Neuropsiquiatría*, 21 (3), 1983, pp. 177-188.
- DEBRAY, R., *Vida y muerte de la imagen*, Barcelona, Paidós, 1994.
- DOUGLAS, M., *Pureza y peligro*, Madrid, Alianza, 1991.
- ESPINOSA RUBIO, L., «El nihilismo virtual en la sociedad hipertecnológica», *Ágora: Papeles de Filosofía*, 26 (2), 2007, pp. 79-101.
- FERREIRO GARCÍA, R., *La tecnología como soporte del proceso de globalización*, La Coruña, Universidad de la Coruña, 2002.
- FOUCAULT, M., *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-Textos, 2008.
- GABRIEL DUERO, D. y CARRERAS, X., «Un análisis fenomenológico y narrativo de los 'Diarios' de la escritora Alejandra Pizarnik», *Athenea Digital*, 15 (1), 2015, pp. 31-63.
- GILARDI, P.: «Sobre la noción de *Stimmung* en M. Heidegger», *Revista de Filosofía*, 39 (118), 2007, pp. 41-48.
- HEIDEGGER, M., «¿Qué es metafísica?», en *Hitos*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 93-108.
- «La pregunta por la técnica», en *Conferencias y artículos*, Barcelona, Serbal, 1994, pp. 9-37.
- HUSSERL, E., *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, Madrid, FCE, 1993.
- LÉVY, P., «El cosmos piensa en nosotros», *El Vampiro Pasivo*, 16, 1996.
- *¿Qué es lo virtual?*, Barcelona, Paidós, 1998.
- MARÍN ARDILA, L. F., «Técnica y Virtualidad. Pensar las Nuevas Tecnologías», *Cuaderno de Materiales. Filosofía y Ciencias Humanas*, 18, 2003 [<http://www.filosofia.net/materiales/num/num18/Tecnivir.htm>].
- MARTÍN-SANTOS, L., *El análisis existencial*, Madrid, Triacastela, 2004.
- MAY, R., «Contribuciones de la Psicoterapia existencial», en MAY, R. y otros (eds.), *Existencia. Nueva dimensión en psiquiatría*, Madrid, Gredos, 1967, pp. 58-122.
- MERLEAU-PONTY, M., *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1985.
- MINKOWSKI, E., *Le temps vécu*, París, Presses Universitaires de France, 1995.
- MORIN, E., *El paradigma perdido*, Barcelona, Kairós, 1974.
- NANCY, J.-L., *Corpus*, Madrid, Arena Libros, 2003.
- ORTEGA Y GASSET, J., *Meditación de la técnica*, Madrid, Espasa-Calpe, 1965.
- POLO BLANCO, J., «Postmodernidad consumista y Nihilismo de la mercancía», *Éndoxa: Series Filosóficas*, 23, 2009, pp. 309-357.
- SÁEZ RUEDA, L., «Enfermedades de Occidente. Enfermedades actuales del vacío desde el nexo entre filosofía y psicopatología», en SÁEZ RUEDA, L. y otros (eds.), *Occidente enfermo. Filosofía y Patologías de Civilización*, Múnich, Grin, 2011, pp. 71-92.
- SCHUMPETER, J. A., *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984.
- SENNETT, R., *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- SLOTERDIJK, P., «*Actio in distans*. Sobre los modos de formación teleracional del mundo», *Nómadas*, 28, 2008, pp. 22-33.
- *Esferas II: Globos. Macrosferología*, Madrid, Siruela, 2004.

- «La ironía cibernética», *Antroposmoderno* [[http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id\\_articulo=782](http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=782)].
  - «Patria y globalización: Notas sobre un recipiente hecho pedazos», *Revista Observaciones Filosóficas* [<http://www.observacionesfilosoficas.net/patriayglobal.html>].
- VÁSQUEZ ROCCA, A., *Cuaderno de Materiales. Filosofía y Ciencias Humanas*, 22, 2006 [<http://www.filosofia.net/materiales/num/num22/Sloterdijk.htm>].
- VERDÚ MACIÁ, V., *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Barcelona, Anagrama, 2003.
- VIGO, A., *Arqueología y aleteiología y otros estudios heideggerianos*, Buenos Aires, Biblos, 2008.
- VIRILIO, P., *Velocidad y política*, Buenos Aires, La Marca, 2006.
- ZWEIG, C. y ABRAMS, J., *Encuentro con la sombra. El poder del lado oscuro de la naturaleza humana*, Barcelona, Kairós, 2004.

Universidad de Granada  
borja\_co@hotmail.com

BORJA GARÍCA FERRER

[Artículo aprobado para publicación en diciembre de 2015]